

## LIBRO UNDÉCIMO

---

I

Apénas se habia retirado Amurat II á descansar en medio de su gloria, bajo los cipreses del palacio ruinoso de Magnesia, con sus esposas, su haren, sus pajes y algunos grandes oficiales de la córte mas ape- gados al hombre que al trono, cuando el papa, los húngaros, los polacos, los valacos, los transilvanios, los servios y los alemanes de Sigismundo, viendo ocupado el trono por un niño, y el imperio á merced delacaso, se agitaron á la voz del implacable Huniade,



y reanudaron la liga de las potencias cristianas tan hábilmente disuelta por la generosa política de Amurat II.

Preciso es decir en gloria de los otomanos y para humillacion de la política italiana y germánica de aquel tiempo, que honra mucho al sultan el haber creído en la buena fé de la cristiandad, y que fué vergonzoso para la cristiandad el haber engañado la fé de los turcos. Todos los historiadores, sin excepcion, que han tenido en la mano esa página de historia, aun aquellos que mostraron una parcialidad mas evidente en favor de Huniade y de la política de la córte de Roma, como el abate Mignot y M. de Salabery, condenan la deslealtad y el perjurio de los confederados absueltos por un breve del papa de la violacion de la fé jurada y de la tregua concluida.

« El papa Eugenio IV, dice el abate Mignot en sus  
« anales, envió á Hungría como legado al cardenal  
» Julian Cesarini, para calmar los escrúpulos del rey  
« Ladislao, y para hacerle comprender que un jura-  
« mento, por sagrado que pueda ser, no liga cuando  
« se trata de los infieles, y que es hacer una obra  
« agradable á Dios el perjurar para exterminar á los  
« que le ofenden. Por último, un breve de absolucion  
« de Eugenio IV, los sofismas de su embajador el le-  
« gado Cesarini, el amor de la vana gloria, un celo

« mal entendido y la supersticion, ahogaron en el co-  
« razon de Ladislao el grito de la conciencia y el sen-  
« timiento de la equidad. »

« El tiempo de las cruzadas habia pasado, dice á su  
« vez M. de Salabery, y los motivos religiosos no te-  
« nian ya fuerza para armar á los soberanos de la  
« Europa por la causa de la cristiandad. Federico III,  
« á la sazón emperador de Alemania, no era digno  
« de ponerse á la cabeza de semejante expedicion ; la  
« Inglaterra y la Francia estaban ocupadas y debili-  
« tadas por su larga rivalidad, de modo que solo los  
« venecianos, el duque de Borgoña, el papa Euge-  
« nio IV, y el jóven rey de Hungría Ladislao, entra-  
« ron en esa *vergonzosa coalicion*, y con dolor la pos-  
« teridad lee detrás de esos nombres, el heróico nombre  
« de Huniade. Para oprobio de uno solo y en disculpa  
« de todos, hay que añadir que el papa Eugenio envió  
« á declarar á su legado, el cardenal Julian Cesarini,  
« que una paz jurada sobre el Evangelio era nula por  
« que se habia hecho sin la intervencion del pontífice  
« soberano. »



## II

Para sancionar este maquiavelismo sagrado de la córte de Roma, el legado Cesarini, el delegado veneciano y un enviado del duque de Borgoña, prometieron á Huniade el reino de Bulgaria por su parte de botin despues de la pelea. La conciencia un momento removida del héroe húngaro, se doblégó ante la ambicion, y Huniade arrastró al jóven rey Ladislao, su pupilo, con el ejército húngaro, como para poner su perjurio al abrigo del perjurio real. El jefe de los válacos Drakul, que vaciló durante largo tiempo, concluyó tambien por coaligarse, y el ejército confederado á las órdenes de Huniade, despues de haber recibido el refuerzo de los válacos, atravesó el Danubio por medio de puentes de balsas, que parecia transportaban toda la poblacion de una orilla á otra de ese rio. Diez mil carros seguian al ejército. «Habriase dicho, « cuenta *Chalcondyle* que cada combatiente llevaba « consigo su casa, su familia y sus ganados. »

La reunion de este ejército, y de los valacos de Drakul, tuvo lugar en la llanura de Nicópolis. Las

predicciones de una profetisa búlgara y un terremoto que hubo en las orillas del Danubio cuando pasó aquella muchedumbre, sorprendieron y detuvieron un instante al ejército. Drakul, herido de un presentimiento siniestro, vió en todo ello una reprobacion del perjurio de los confederados, declarada por el cielo, y una disputa violenta se elevó en el seno del consejo de guerra entre Drakul y Huniade que queria desafiar á la vez, para satisfacer su odio, á la justicia y á los elementos. Drakul desenvainó su sable y provocó cuerpo á cuerpo al jefe de los confederados; pero le desarmaron, é hicieron jurar á ambos guerreros que olvidarian aquella ofensa.

El ejército siguiendo muy despacio la orilla derecha del rio, para no empeñarse en los estrechos desfiladeros de la Servia, dió la vuelta al Balkan, y quemó indiferentemente en su largo camino las poblaciones griegas y otomanas que encontró, considerando tan enemigos del papa á los cristianos heréticos de la Bulgaria como á los musulmanes. Huniade que iba delante con tres mil caballos húngaros, lo mas selecto de la cruzada, desembocó por fin en *Varna* á la orilla del mar Negro, y mandó acampar todo el ejército en el fondo de ese valle formado por dos cabos que se adelantan en el mar, cada uno con una poblacion, llamadas la una Varna y la otra Galata ó



Kalliacré, ciudades griegas separadas en el radio del golfo por un pantano ancho y profundo. Huniade despues de dar un descanso á la muchedumbre en aquel extremo del Balkan que desaparece en el mar, se prometia seguir adelante la orilla hasta la embocadura del Bósforo, dejar Constantinopla á la izquierda, penetrar en la Tracia por los desfiladeros griegos de Belgrado, caer sobre Andrinópolis, arrancarla de la Europa por las armas, barrer los turcos de Galípoli, de Salónica y del Epiro, y volver vencedor y rey á la Bulgaria, confundida bajo sus leyes con la Hungría y la Polonia. La ausencia de Amurat II le habia dado esta audacia; pero la presencia inesperada del héroe otomano bastó para arrebatársela.

### III

Informado Amurat II por su visir Khalil de la liga formada contra el imperio por el papa y por Huniade, del paso del Danubio y del peligro de su hijo, no habia titubeado en volverse á poner al frente no del imperio, sino del ejército que iba á llevar consigo la

suerte del imperio. Tan pronto como *Ilderim* su abuelo y mas afortunado que él, habia reunido en pocos dias en las llanuras de Nicomedia á marchas forzadas, á todas las tropas diseminadas en Asia y á todas las guarniciones de Salónica, de la Tracia, de Andrinópolis, cien mil combatientes aguerridos y dispuestos á morir por salvar el imperio se habian reunido en torno de sus tiendas en Nicomedia. Poco confiado en la lealtad de los griegos de Constantinopla, habia preferido fiarse á los genoveses del Ponto-Euxino para hacer atravesar á su ejército el Bósforo que le separaba de Huniade.

Los genoveses contentos de servir á los turcos contra sus enemigos los venecianos ligados con Huniade, habian enviado todos sus buques y embarcaciones pequeñas á la extremidad del Bósforo de Asia, y habian transportado en pocos dias sobre aquella mar estrecha los cien mil hombres del sultan, á la orilla de Europa. Amurat II una vez en la playa que Huniade debia seguir para evitar las alturas inaccesibles del Balkan, habia marchado al encuentro de los cruzados para adelantarse á ellos en la estrecha revuelta del Danubio y del Balkan sobre la mar, y se habia establecido en una posicion, donde su ojo experimentado en los campos de batalla, veia todas las condiciones de la victoria.



Su derecha estaba cubierta por la mar, su izquierda por las pendientes escarpadas del Hemus, su centro por una trinchera ancha y profunda que desafiaba la impetuosidad de los caballos húngaros ó sarmatas, y en el alto borde de aquel foso, habia mandado plantar una lanza en cuya punta flotaban el tratado desgarrado y el juramento violado de *Szegedin*, en execracion del perjurio de los cristianos y en símbolo de la justicia de su causa. Sin acordarse de los crímenes pasados, con tal de que el culpable rescatara su falta con sus hazañas, habia sacado de los calabozos de Tokat á su infiel visir Turakhan, que en otro tiempo conspiró contra él á su advenimiento al trono, y le habia dado el mando de su derecha; su izquierda estaba mandada por Karadja, guerrero consumado en la defensa de los desfiladeros del Hemus; Amurat se habia reservado el mando del centro otomano mas abierto al asalto de los cristianos. Sus genizaros combatian á sus órdenes.

## IV

Huniade, aunque desconcertado un momento por la aparicion de un ejército otomano en el camino que

creia abierto á los confederados, no dudaba que alcanzaria la victoria. Cubrió la izquierda de su ejército con el pantano de Varna y con los diez mil carros de sus bagajes, puso en el centro de los cuarenta mil alemanes, polacos, váacos y servios ejercitados en la táctica de los turcos, y acostumbrados á vencerlos, al rey Ladislao con el legado del papa Cesarini y los embajadores venecianos, y tomadas estas disposiciones, Huniade se colocó á la derecha á la cabeza de la caballería húngara, impetuosa é irresistible en el primer arranque, y señaló á sus escuadrones con un ademan la infantería europea de Karadja como la trinchera que era preciso salvar á toda costa para abrir brecha en la línea de Amurat II, y para envolver despues, replegándose hasta la mar, á todo el ejército otomano.

Tan rápido como su mirada y su ademan, se lanzó en persona al galope de su caballo sobre Karadja con sus mas intrépidos ginetes, abrió como un torbellino de polvo las masas de infantería turca de Karadja, y galopando mas allá de sus líneas rotas y dispersas en la llanura en persecucion de los otomanos, hizo lanzar á los genizaros un grito de derrota. El mismo Amurat atacado de frente por los cuarenta mil combatientes de Ladislao, descubierto por su izquierda desvanecida, casi cortada á su derecha por los diez



mil ginetes húngaros de Huniade, se puso pálido, titubeó, miró hacia atrás, y volviendo la cabeza de su caballo hacia la mar, pareció buscar con los ojos el mejor sitio que le quedaba para la fuga.

Pero en aquel momento el anciano Karadja, que acudía cubierto de polvo y de sangre después de haberse levantado del campo de batalla donde la caballería húngara le había pasado por encima, se arrojó á las bridas del caballo de su amo, y riéndole con la autoridad de la desesperación, le dijo: « Que un « sultán, si debe morir, debe morir lanzándose adelante sobre sus enemigos. »

Al ademán que hizo Karadja, un oficial de genízaros llamado *Yezidji-Toghan*, creyendo ver un ultraje ó una violencia contra su señor, alzó el sable para cortar la mano del beglerbeg que contenía al caballo; pero antes de que el sable de Yezidji cayera sobre el brazo de Karadja, un jinete húngaro de Huniade, arrojado por el ímpetu de su alazán en aquella pelea, abrió la cabeza al genízaro, cuyo cuerpo rodó á los pies del sultán. Amurat alentado con la sangre fría de Karadja, combatió como un simple soldado sobre la brecha de la trinchera, y tomando en su mano derecha la lanza de donde pendía el juramento violado de los cristianos, la agitó como una bandera de reunión á los ojos de los genízaros, y les precipitó

en persona mas allá del foso colmado de muertos, hasta el centro de los confederados.

## V

Los genízaros, que habían recobrado todo su heroísmo con la presencia y el heroísmo de su sultán, rompieron con el choque las masas de los cuarenta mil confederados del centro, donde faltaban las disposiciones y el valor de Huniade, separado de ellos por la reunión que habían operado los turcos. El joven rey Ladislao cayó de su caballo, herido en mitad del cuerpo de un hachazo. Un veterano de los genízaros, llamado Khir, se precipitó sobre su cuerpo, le cortó la cabeza, y elevándola en la punta de su sable, gritó á los que combatían todavía:

« Húngaros, ¿ por quién combatis? Mirad, ¡ aquí está « la cabeza de vuestro rey! »

Este grito, aquella cabeza sangrienta, aquel rostro del joven rey con los bucles flotantes de su cabellera, que todos reconocieron, acabaron la derrota sembrando el desaliento y el horror en las filas de los cruzados. Huniade, que tarde volvió por su camino, vió



con sus propios ojos aquel sangriento trofeo plantado en tierra sobre una lanza, al lado de la otra lanza que llevaba el juramento violado de Szegedin. Tres veces se arrojó con nuevos caballos sobre las filas de los turcos para levantar y á lo menos llevarse el cadáver del niño que habia conducido á su pérdida, y tres veces se vió obligado á retirarse de la pelea cubierto por sus ginetes, y dejando á los turcos el cuerpo del rey. Los húngaros le arrastraron á pesar suyo en la derrota y en la noche. El ala izquierda de los confederados, cortada de su centro, permaneció hasta la otra mañana inmóvil y silenciosa detrás de sus empalizadas, de sus carros y de sus pantanos. Al rayar el alba, Amurat que los habia cercado durante las tinieblas, mandó arrojar la cabeza de Ladislao sobre las empalizadas para convencerlos de que la resistencia era imposible, y sin combate, entró en el recinto donde los cortesanos de Ladislao, el legado del papa, Cesarini, el delegado veneciano, los obispos de Erlau y de Groswardein, consejeros y víctimas de esta cruzada, cayeron en los hierros de los otomanos. Justo castigo dado por una providencia que á nadie dispensa del culto de la primera virtud de los hombres, la verdad en los labios y la buena fé en el corazón.

## VI

Amurat II que habia vencido y desalentado en un solo dia á los enemigos de su imperio y de su hijo á la vez, se paseó á caballo á la otra mañana por el campo de batalla para recoger los heridos y enterrar los muertos.

« — ¿No debe sorprendernos, dijo al anciano Azab-Beg, su caballerizo, el no encontrar mas que caras jóvenes entre estos muertos cristianos, y ni siquiera una cabeza con canas? »

« — No, respondió Azab-Beg, no es de extrañar, pues si hubiera habido entre estos confederados una sola cabeza blanca de buen consejo, no habrian intentado una empresa tan injusta y tan insensata. »

Los carros de los valacos, de los húngaros y de los polacos volvieron para llevar á Andrinópolis los ricos despojos del campo de los cristianos. Amurat envió con Azab-Beg las corazas de los caballeros alemanes al soldan de Egipto, de regalo, y mandó embalsamar con aromas y miel la cabeza del desgraciado Ladis-



lao, y la envió á Brusa como homenaje triunfal á la justicia de su causa y á la fortuna de los otomanos. Los habitantes de Brusa corrieron en tumulto á recibir aquel despojo, lavaron la cabeza en el torrente del *Nilufer*, y plantándola de nuevo en una pila, como los partos hicieron con la de *Creso*, la pasearon tres dias por las calles y plazas de su capital. Unos cristianos de Brusa la recogieron y la enterraron por fin en una capilla del monte Olimpo.

Amurat II, satisfecho de haber salvado á su hijo y á su pueblo, no quiso llegar en triunfo á Brusa ni á Andrinópolis, entregó el ejército, los prisioneros, los despojos, la victoria entera á los beglerbegs del jóven emperador, y volviendo á pasar el estrecho en una barca genovesa, se volvió como un simple soldado licenciado á su soledad de Magnesia.

Las tumbas de veintidos odaliscas, y las de los muchos compañeros de sus placeres que se enseñan bajo los cipreses de Magnesia; los baños, los jardines, los kioskos de mármol, los minaretes cuya blanca contrasta con el verde sombrío de los laureles y de los naranjos seculares, las aguas bulliciosas, atestiguan, como las tradiciones otomanas, que la voluptuosidad y la contemplacion ocupaban los dias del sultan, hastiado no de gozar, sino de reinar, y que ese Salomon de los turcos confundia en sí como el otro Sa-

lomon, la triple naturaleza del héroe, del sabio y del voluptuoso.

Pero la política parecia estar celosa de aquella ociosidad en que vivia.

## VII

La paz restablecida tan prontamente habia corrompido á la vez en Andrinópolis al soberano niño todavía, y al ejército que con su victoria se habia hecho indócil á toda disciplina. Los genizaros que no sentian ya pesar sobre ellos la mano firme de un amo que estaban acostumbrados á querer y servir, quisieron gobernar á su antojo la capital que habian salvado con sus armas. El incendio, ese medio silencioso y anónimo á cuyo beneficio aquella milicia insubordinada intimó despues tantas veces sus voluntades al divan, devoró una parte considerable de Andrinópolis. Los genizaros persiguieron hasta el umbral del aposento del jóven sultan al jefe de los eunucos, objeto de su ira, porque no queria poner bajo su dependencia al soberano, y furiosos porque el santuario del palacio les habia arrebatado la presa que busca-



ban, saquearon los palacios y las casas de todos los oficiales de la corte y de todos los mallas que eran reputados como enemigos suyos en Andrinópolis, y arrastraron por las calles los cadáveres mutilados de los habitantes. Saliendo, despues de estos crímenes, de la ciudad que los spahis y los bostandgis les disputaban, se retiraron sediciosamente á la colina de Bautschul, como en otro tiempo el pueblo de Roma se retiró al monte Aventino, y desde allí amenazaron á la ciudad con una nueva invasion mas terrible que la primera. Todo el mundo temblaba en Andrinópolis desde el sultan hasta el pueblo. Khalil-bajá el gran visir, contemporizaba con ellos cuerdamente, pero no sin trabajo. Pedian, con las armas en la mano, un aumento de sueldo de un aspro diario, primera exigencia de esta milicia, que no servia sino á la condicion de reinar. Mahomet sitiado en su palacio y temblando ser destronado por los tribunos militares, promotores de aquellos trastornos, concedió el aumento de sueldo, y los genízaros, fingiendo que se hallaban completamente satisfechos, volvieron en buen órden á la capital. Pero su aparente sumision no fué mas que una opresion disfrazada bajo las formas del respeto; en breve quisieron imponer al sultan la destitucion, el destierro, el asesinato de sus ministros; todo el gobierno quedó proscrito en los con-

ciliábulo de sus ortas. Andrinópolis, semejante á una ciudad conquistada, tembló de nuevo en poder de sus amos; Mahomet reinaba solo á la condicion de complacer ó de obedecer á sus soldados.

## VIII

El gran visir Khalil, el beglerbeg, ó generalísimo del ejército de Europa, *Uzghur-bajá*, ó *Ishak-bajá*, que eran los consejeros mas amenazados por los genízaros, se retiraron del divan para amortiguar las incesantes sediciones que se urdian contra ellos y para evitar nuevos crímenes. Los rebeldes fingieron tomar el partido del jóven sultan, contra aquellos tutores de Mahomet; le hablaron de la humillacion de reinar con ministros impuestos por su padre, le embriagaron á fuerza de adulaciones, y lograron engreír el corazon de un soberano de quince años con un orgullo y unos zelos, que hicieron de él un cómplice de los revoltosos. El imperio indignado, se desquiciaba bajo la mano de un niño á la merced de una milicia anárquica y de un haren gobernado por las



odaliscas y los eunucos. El pueblo de Andrinópolis buseaba su salvacion por todas partes.

Estos levantamientos casi unánimes de la opinion contra los excesos de los genízaros y contra la debilidad del fantasma de soberano, instrumento complaciente de su tiranía, alentó á Khalil á tomar la única medida que podia salvar á la vez al pueblo y al soberano. Secretamente convocó en su casa á *Uzghur-bajá*, *Ishak-bajá* y los principales visires ó generales destituidos por los genízaros, al mufti de Andrinópolis, al cadí de la ciudad, al jefe superior del ejército y á los imanes, cuya palabra tenia mas autoridad en las mezquitas y sobre el pueblo, y en la reunion se acordó enviar con sigilo á un diputado de esta santa conjuracion á Magnesia, para suplicar á Amurat II que volviera á subir al trono y salvara el imperio de la anarquía, despues de haberle salvado de la conquista. Sarudje-bajá, hombre seguro, atrevido, elocuente, que en los dos primeros reinados de Amurat habia poseido la confianza del sultan, y que por esto mismo inspiraba mas desconfianza á la nueva casta, fué el diputado elegido para esta mision. Bajo pretexto de que iba á su gobierno de Salónica, montó á caballo por la noche, atravesó rápidamente la Tracia, y llegó á Magnesia donde estaba su antiguo soberano. El cuadro de los excesos de los genízaros, de

los desórdenes del serrallo, del desquiciamiento del imperio arrancó lágrimas á Amurat, que entre las delicias de su retiro y los peligros de un tercer reinado mas borrascoso que los otros dos, no vaciló un momento. La indignacion contra los genízaros, la compasion hácia su hijo, la salvacion de su pueblo, la gloria de levantar otra vez en su interior la casa de Othman que habia salvado exteriormente, le decidieron á volar al socorro de su hijo extraviado, ingrato quizás. El respeto filial, virtud innata entre los otomanos, no le dejaba dudar de la obediencia de su hijo cuando viera á su padre que le pedia las riendas del imperio, en nombre de su propia salvacion y de la salvacion de su pueblo; pero temió, con razon sobrada, que los genízaros, apoderados del gobierno, de las dignidades, de los tesoros, bajo un simulacro de sultan, no elevasen al verle trono contra trono, y no obligasen al padre á combatir contra el hijo. Amurat resolvió en su consecuencia sorprender y herir á la vez á esa milicia, y arrancarla su hijo ántes de que hubiera tenido tiempo para corromperle y armarle contra su padre.



## IX

Un dervis, confidente de las medidas insinuadas á los visires que conspiraban por la salvacion del imperio, atravesó el Bósforo por su órden, y entregó á Khalil el plan y la hora de la restauracion. Amurat decia en su carta á Khalil que llegara solo en la noche á las puertas de Andrinópolis, para acabar con los genízaros ó para morir á sus golpes, y le añadía que empleara alguna astucia para alejar á su hijo de la capital miéntras entraba en ella, temiendo que al volver á empuñar el cetro no tuviera el dolor de que pareciera que se le arrebatava á su hijo.

No les costó mucho trabajo á Khalil y á los conjurados, por medio de los suyos en el palacio, el arrastrar á una ausencia de la capital á un jóven soberano amante de los placeres. Bajo el pretexto de una cacería en los bosques del monte Rhodope, los confidentes de Khalil en el haren, alejaron por algunos dias á Mahomet de Andrinópolis.

Durante estas maniobras de Khalil, Amurat II, con

el disfraz de un pastor turcomano que llevaba á vender caballos á la capital, se iba acercando á la ciudad, y dormia bajo la negra tienda de los pastores de Asia. Sarudje-bajá y algunos pajes, tambien con el mismo disfraz, le acompañaban ocultando sus armas bajo sus capas.

Khalil dió parte á Amurat de la marcha de su hijo. Saganos-bajá, gran visir, favorito del jóven Mahomet, é instrumento servil de los genízaros, descansaba en una seguridad completa; la córte nada sospechaba, los genízaros vivian sin temor, y solo la ciudad, sordamente removida por los imanes, fermentaba de descontento bajo sus amos. Oíanse en las mezquitas predicaciones siniestras, en los cafés murmullos, y en los bazares imprecaciones contra el gobierno de un niño juguete de una soldadesca. Khalil habia apostado en todos aquellos lugares públicos oradores populares encargados de recordar al pueblo la gloria eclipsada de los otomanos, el órden, la felicidad y grandeza del imperio que yacian con Amurat en Magnesia. El nombre de Amurat llorado y bendecido henchia todos los corazones, y solo la opresion impedía que estallara.

En el momento en que el pueblo salia en muchedumbre de las mezquitas despues de la oracion del mediodía, Amurat y sus amigos dejando su tienda,



ensillando sus caballos, y despojándose de sus disfraces para tomar el traje y las armas de las solemnidades imperiales, entran á caballo en Andrinópolis, les reconocen, les aclaman, son ahogados á fuerza de abrazos por el pueblo que se precipita en tumulto de las mezquitas, de los cafés, de los bazares, de las casas para contemplar á su libertador y que le conducen en triunfo al palacio, llamando á los genizaros al arrepentimiento y á la fidelidad. El solo aspecto de Amurat, su antiguo compañero de guerra y de gloria, sus miradas irritadas, sus reconvenciones severas pero paternales, les habian hecho prosternarse á los piés de su caballo. Aquella milicia que comenzaba á cansarse de sus sediciones castigadas por la anarquía y por el desprecio del pueblo, prendió con sus propias manos á sus agitadores y los condujo encadenados ante el héroe de Varna. Amurat riñó y perdonó, pero conoció la necesidad de hacer comprar el perdón á aquellos pretorianos turbulentos con hazañas útiles á la grandeza del imperio. Ni una sola gota de sangre manchó aquella revolucion paternal consumada por un padre que venia á salvar y no á castigar á su hijo. Amurat se contentó con desterrar á Saganos, el visir y el corruptor de Mahomet á sus tierras de Asia, y con enviar á su propio hijo adonde él estaba en Magnesia, para que esperara allí á que la

edad, las lecciones de buena política y su ejemplo, le hicieran mas capaz de dirigir el imperio.

Khalil que habia concebido, preparado y llevado á cabo aquella restauracion patriótica de su antiguo amo, recobró sus funciones de gran visir que llenó hasta la muerte de Amurat II.

## X

Las sediciones militares cuando se prolongan no se curan sino por medio de la guerra. Amurat II para arrebatár su ejército al influjo de las facciones le arrastró á Seres, sin dejarle tiempo para que se rompiera de nuevo, para de allí esparcirle por el Peloponeso. El istmo de Corinto, cortado por un foso y cerrado por una muralla fuerte y alta, resto de las que Julio César, Calígula y Neron habian construido para abrigar la Morea contra los bárbaros, estaba defendido por Constantino Paleólogo y Constantino hijo de Manuel, heredero de la Morea que muy pronto debia heredar Constantinopla para morir el mismo dia que su imperio.

Constantino mostró en la muralla de Corinto la



misma intrepidez que sobre la brecha de Bizancio, pero este valor solo sirvió para dar lustre á su nombre. El cuarto dia despues de la reunion del ejército otomano al pié de la muralla del istmo, Amurat mandó encender muchas hogueras al frente de su campo para alumbrar el asalto general. Al grito de *Allah*, al toque de las trompetas, al redoble de los tambores tártaros, el ejército se lanzó bajo la lluvia de dardos, de balas y de fuego grequisco de los griegos. El foso se quedó lleno de cadáveres de genizaros. El mismo veterano que habia cortado la cabeza al rey Ladislao en Varna subió el primero á lo alto de la muralla, y plantó en ella el estandarte de la media luna; era el servio Khizr.

El dique se tomó y doscientos mil turcos inundaron la Morea. Hasta Corinto, ciudad sagrada por su antigüedad, por sus dioses, por sus artes, por la hermosura de sus mujeres, por sus fuertes, por sus cipreses y aun por sus ruinas, de las que siempre la volvia á sacar su situacion incomparable, y cayó de nuevo envuelta en sus llamas á manos de Thurakhan, aquel antiguo y ambicioso visir de Amurat II. De Atenas, de Egina, de Lepanto, de Citheron y del Pindo, se pudo ver como ardia. Los habitantes, en número de sesenta mil, fueron llevados como los de Patras, para sufrir la esclavitud en Asia.

Constantino, despues de sus generosos, pero sangrientos esfuerzos, para conservar el Peloponeso libre á su familia, se sometió al tributo y se lizo vasallo de Amurat. Bajo esta condicion, los turcos evacuaron la Morea, sin atentar al culto ó á las propiedades de los habitantes, y se fueron en masa á la Albania, una de sus provincias que un grande hombre acababa de hacer libre: este grande hombre era Scander-Beg, el *Huniade* de los albaneses.

## XI

La Albania, en la acepcion mas extensa de este nombre, es esa larga y alta cordillera de montañas entrecortadas de valles profundos y de sitios fértiles, que se ramifica desde las cúspides del Epiro y las nieves eternas del Pindo, hasta el fondo del golfo de Venecia, donde se enlaza, casi perpendicularmente, con los Alpes de la Germania. Uno de los lados de esa colina tiene en frente la Turquía de Europa, las llanuras de Andrinópolis, los valles de la Bulgaria, los bosques vírgenes de la Servia, las llanuras de la Hungria y de la Transilvania, y el otro mas escardado